

JOAQUÍN COSTA, EL JABATO EN LA NIEBLA

Joaquín Costa fue un hombre de mármol devorado por la ansiedad. Padecía un insomnio casi perpetuo y cada noche, bajo la lámpara mortecina, creía que le iba a estallar el cerebro en mil escorpiones de ira. Poseyó una determinación violenta e incontenible: cuando ascendía al púlpito, usaba una retórica apocalíptica y su voz bramaba con el pundonor de un león obstinado. Primero carraspeaba y elevaba su verbo sobre la multitud estupefacta que lo oía, pero al instante se adueñaba de la situación y de su barba jaspeada de manchas de nata brotaba un discurso severo y centelleante, la proclama furiosa de quien se sabía un nuevo mesías o el oráculo intransigente de la tribu. Fue un sabio difícil: áspero, envarado y radical. Presentaba el esqueleto de un lanzador de barra y la majestuosidad de un cardenal ofuscado, aunque también hubiera podido confundirse con un ilustrado cacique de aldea o con un rabioso albañil del Somontano, curtido a la intemperie, bajo la ventisca, el sol de agosto o el cierzo enloquecido de noviembre. Curiosamente, su biografía no es ajena a esa profesión: el joven conoció el París heroico de Flaubert y Manet gracias a su habilidad con la paleta y la plomada.

Costa nació en Monzón (Huesca) en 1846 en el seno de una estirpe campesina, cuyo patriarca lucía el apodo de *El Cid*. El patrimonio familiar era más bien escaso: el niño conocía las terrazas pobladas de sarmientos, el rocío de los olivares y otras tierras diseminadas, entre la montaña y el llano. Pero tampoco fue capaz de rescatar en su infancia en Graus demasiados momentos de goce: ni en la escuela, ni en los juegos entre las higueras del iglesario, ni siquiera en su propia casa donde los nacimientos y los entierros se alternaban con demasiada frecuencia. En más de una ocasión, gimoteó desconsolado en torno al fuego con su madre mientras un pelotón de labradores portaba a lomos del viento a uno de sus once hermanos hacia el camposanto. La tenacidad sería una de sus constantes: la fe ciega que albergó en sí mismo. Pronto se trasladó a Huesca en busca de un trabajo estable. Lo acogió el arquitecto Hilarión



Rubio, quien le ofreció casa, comida y un humilde trabajo al cuidado de su coche de tiro y de su caballo. Pero Joaquín Costa no se resignaba: se desesperaba por estudiar, leía todo lo que caía en sus manos y peregrinaba de oficio en oficio con una facilidad increíble. Fue jabonero, esclareció las aguas de la acequia de un molino, gobernó una máquina de segar en una planicie brusca de alfal y reparó las paredes desconchadas de una bodega. Se hizo maestro y participó activamente en la fundación del Ateneo de Huesca en 1866. Y todo ello, sin haber abandonado sus conocimientos prácticos de albañilería, que le permitieron acudir a París, como operario de los pabellones españoles, a la Exposición Internacional de 1867. La experiencia resultó sobrecogedora. Su estancia en las orillas del Sena, ratificó su convicción y la firmeza de su carácter. Una vez concluido el quehacer, demandó varios puestos de portero y de barrendero. Quería estar en París al precio que fuese. Jamás había visto una ciudad tan bella, inundada de paseantes, de circos, de violinistas y de tiendas. Creyó que estaba encantada bajo la suntuosa arquitectura y los grandes paseos de álamos y sauces con sus figuras de alabastro. Caminó entre las barcazas y los bañistas del río, visitó tiendas de ortopedia en pos de un remedio para su brazo izquierdo, que ya estaba casi impedido, y se quedó deslumbrado de la inmensa cantidad de fotografías y de artistas solitarios que buscaban los arrabales y las singladuras invisibles del cielo en las noches estrelladas. Pero además tuvo tiempo para leer sin descanso e incluso preparó un meticuloso inventario de las maravillas de la exposición, en el que la bicicleta ocupaba un lugar principal.

A su retorno, se estableció en Madrid para culminar dos nuevas carreras: Derecho y Filosofía y Letras. Era un tiempo de convulsiones continuas, de alternativas políticas inestables. Isabel II había sido despedida del trono a puntapiés, los hermanos Bécquer satirizaban —con una portentosa imaginería erótica, impensable en Gustavo Adolfo, considerado el príncipe lánguido del Romanticismo— la degradación voluptuosa de la Corte, Amadeo de Saboya enseñó sus bigotes y nació la Primera República, antes de que la saga borbónica volviese al poder. Entretanto, Costa mantenía su combate agraz contra las circunstancias: traducía libros, escribía en diarios y revistas, leía y prologaba a Karl Krause y entabló una duradera amistad con su profesor Francisco Giner de los Ríos, fundador de la Institución Libre de Enseñanza. La relación entre ambos sería fructífera y sincera. Años más tarde, Giner dirá: «Costa fue el baturro más adorable de todos».

Los testimonios que nos han quedado de aquel período casi mueven a compasión. Los retratos que se conservan nos presentan a un joven esbelto y refinado. Parece tener don de gentes, lleva la pajarita perfectamente ajustada, el pelo esculpido y un bigote romántico. Sin embargo, esa imagen no logra ocultar una calamitosa indigencia en materia de alimentación y de vestuario. Vivía en pensiones desconchadas y frías sin brasero, y no tenía ni botas, ni un chaleco, ni traje, ni siquiera una sencilla muda de ropa interior. En más de una ocasión, padeció los rigores de las deudas

y los acreedores, y se vio en situaciones que resultan tan hilarantes como dramáticas: «Estoy en cueros; no tengo pantalón para salir de casa. Giner de los Ríos estuvo malo y para ir a verle tuve que ponerme uno que hasta para casa había desechado por roto... Le falta trasero y no tengo calzoncillos».

Las oscilaciones políticas afectaron notablemente a su carrera académica. En 1874, obtuvo la plaza de auxiliar y profesor sustituto de Legislación Comparada, pero poco le duraría esa satisfacción. En medio de toda suerte de arbitrariedades del nuevo Régimen en materia de enseñanza, presentó, con Giner de los Ríos y otros profesores, la renuncia a su cargo. Siguió opositando sin éxito e inició una brillante carrera de jurista que culminaría con dos textos decisivos: *La vida del Derecho* (1876) y *Derecho consuetudinario del Alto Aragón* (1880). Para entonces había fijado su residencia en Huesca, donde sobrevivía como abogado, y como colaborador del *Diario de Huesca*. No se conformaba con las horas de despacho, ni mucho menos. Viajó alrededor del país, recorrió los Pirineos con sus peñascos, sus barrancos y sus hondonadas de silencio; estuvo en las villas medievales de Aínsa y Alquézar, donde el tiempo se había eternizado en la pátina oscura de la piedra arcaica; desempolvó los archivos de Jaca, Boltaña y Benasque; saboreó la vida campesina, la cultura rural con una pasión escrupulosa y con una vocación casi de etnógrafo de almas. Y en la ciudad altoaragonesa sufrió un doloroso desengaño de amor: se enamoró de una joven llamada Pilar, pero fue rechazado por su familia. Un fracaso se agregaba a otro de un modo implacable. Más tarde, lo cautivó otra muchacha, a la que bautizó en sus diarios y notas, enigmáticamente, como F.

Madrid seguía esperándolo. La capital fue para Costa el precio de una ambición, el pantano de incertidumbre y zozobra donde debía sumergirse y ponerse a prueba. La gloria y la derrota aleteaban por sus aulas, por los ateneos y en las ágoras, en los recodos del Manzanares y en las tertulias de café. Volvió e ingresó en el cuerpo de maestros de la Institución Libre de Enseñanza, otra actividad en la que dejará la huella de su espíritu pionero y desasosegado. Costa atesoró desde la adolescencia un primoroso furor creativo. Su cabeza estaba tan llena de pensamientos y de ideas, que vivía con el corazón en vilo, encadenado a la tiranía de una inteligencia tan desordenada como audaz. Preconizó las Misiones Pedagógicas, recomendó a los profesores que visitasen la naturaleza y los monumentos con los alumnos, destacó la importancia de la cultura física, pero además incidió en la necesidad de levantar residencias para el alumnado y de crear becas para estudiar en el extranjero. Y sobre todo, dijo que era imprescindible que se vinculase la escuela a la vida.

Sus inquietudes abarcaban asuntos tan complejos como la situación de las colonias españolas. Con dos años de antelación, vaticinó el desastre del 98 y fue el primer teórico del Regeneracionismo. Estaba llamado a erigirse en un profeta caudaloso. Poco después se transformó en un adalid airado de las luchas campesinas. Denunció la injusticia y se opuso frontalmente al caciquismo; estimuló las huelgas y

la agrupación de los labradores y escribió un libro capital, que fue todo un manifiesto para la época: *El colectivismo agrario*. Era infatigable y espoleaba la revuelta con su verbo acerado, con un arrobamiento que rayaba en el mesianismo. Con frecuencia, en medio de un parlamento en que derramaba una pasión ilimitada, parecía estar en trance: era un poseso o una criatura luciferina, de enorme cabezón, barba hirsuta y mandíbula contrahecha, capaz de enunciar un decálogo para la salvación del país o para que, de una vez por todas, España se asomase con dignidad a las mansardas de Europa. *Azorín*, durante las sesiones del Ateneo, pensó que cualquier día se iba a escapar por los aires, amarrado a sus graves palabras y a sus patéticas visiones, aunque nos ha legado de su memoria testimonios cordiales y efusivos. «Joaquín Costa es el último descendiente de una larga estirpe de grandes y fuertes caracteres aragoneses en los que se ve el reflejo de una naturaleza dura, noble y bravía». A Baroja le caía muy antipático: «Era un hombre como para haber figurado en las Cortes de Cádiz: solemne, pomposo, retórico y engolado».

Nadie podía negarle su importancia en España. Su nombre había adquirido una dimensión popular y un estigma que roza lo profético. Sus postulados, más allá de enemistades y celos, contenían abundantes paralelismos con la Generación del 98. Instalado de nuevo en Madrid, pretendió agotar sus últimas oportunidades. Jamás dejó de ser un excéntrico solitario. No lograba liberarse de las dificultades y las deudas. Cada vez que le abonaban un artículo o un libro, se encerraba en su reducida habitación y no abría a nadie durante semanas enteras, salvo a una criada que le entraba algo de comida y al comandante de infantería Ducay, cuyo afecto por Costa iba más allá de la idolatría. Estudiaba sus obras, buscaba la coherencia y la verosimilitud de sus ideales y le hacía toda suerte de trabajos como amanuense silencioso. Cada vez que penetraba en las dependencias del polígrafo, se quedaba pasmado. Costa estaba como enterrado bajo colecciones de periódicos y revistas atrasados, libros, folletos, manuales arcaicos y un centenar de papeles atiborrados de notas y dibujos que sobrevolaban por el suelo y el aire infecto de la estancia. Creaba con auténtico desenfreno, en una actitud agoniosa, con la sensación de que no le quedaban tiempo ni fuerzas para rematar todo lo que soñaba escribir. Había olvidado los platos y los cubiertos en cualquier rincón, entre los folios y los legajos, y el camastro siempre estaba deshecho. A menudo, lo sorprendían fuertes dolores de cabeza o continuos mareos de tanto esfuerzo vertiginoso, y se acostaba a reposar. Su extravagancia era ilimitada. Harto ya de la incomodidad de su cuarto de alquiler, se iba al Palacio del Pardo y trabajaba en sus jardines, envuelto en una pequeña frazada, bajo un árbol sombrío; o se trasladaba a la Casa de Campo y se alojaba en las minúsculas habitaciones de los vigilantes, habituados ya a su presencia y desbordados por su erudición y su sentido del humor.

Fue elegido diputado republicano por Madrid, Zaragoza y Lérida, pero se negó a comparecer en el Congreso. Estaba ya a la vuelta de casi todo. Una enfermedad silenciosa le había taladrado el ánimo y, además, desconfiaba del sistema parlamen-

tario. Años antes había rehusado la condición de ministro y tampoco se sentía en condiciones de polemizar desde el estrado. Creyó que era el momento de retornar a Aragón, a Graus, donde había logrado momentos de felicidad. El hombre que había sufrido por España casi histéricamente, con una exaltación de enamorado irremediable, se encontraba agotado y en 1905 abrió de nuevo su casa en el valle del Ésera. No se alejó por completo del mundo, pero sí levantó un muro insalvable entre él y la política española. Acudió de vez en cuando a algún mitin, donde su figura seguía rugiendo como un león aplacado o con la fuerza invisible de un jabato en la niebla, pero se centró sobre todo en sí mismo. Culminaba algunos textos, corregía pensamientos, combatía con su habitual vehemencia la ley terrorista de Antonio Maura y recibía al crepúsculo a su gran amigo Manuel Bescós, *Silvio Kosti*, con el que mantuvo una profusa correspondencia. En sus últimas epístolas, le reiteraba su cansancio y la impresión general de haber fracasado en la vida y en la política: «El hecho es que estoy arrumbado» o «Estoy muy fatigado». Volvía una y otra vez sobre su novela *Justo de Valdediós*, una autobiografía ideal y decimonónica en la que sublimaba su espíritu de lucha y sus teorías que podrían haber salvado el país. Pese al progresivo deterioro de su salud, se sentía integrado en el paisaje, en el valle fértil del Ésera, en el paseo neblinoso de la ribera del río. A lo lejos divisaba el antiguo monasterio y más arriba la cordillera nevada. Se sabía un héroe postergado, el maestro rebelde que ha sido confinado en la trastienda herrumbrosa del colegio. Pasaba los días en su vieja mecedora, mirando por la ventana, absorto en el pasado (recordó a Gracián, la ferocidad desalmada de Torquemada, la estirpe inverosímil de los Bardaxí y sus jardines de hortensias y de jazmines), sumido en vanas añoranzas mientras la nuca del león abrido, mecánicamente, arañaba las paredes y dejaba una huella espesa de tedio y de frustración. El 7 de febrero de 1911 nadie oyó el bramido de la fiera y la campana, pesada y monótona, dobló a muerto. ■

